



De arriba a abajo y de izquierda a derecha: Iglesia de Santo Domingo, Convento de las Adoratrices y Ermita del Cristo de las Cadenas. Palacio de la Audiencia, Gran Teatro y Plaza de Toros. Vista general de Oviedo, Cementerios y otra vista parcial de la ciudad.

nería les contestaban con su blasfemia de explosión y de humo.

Toda la ciudad estaba desierta, abandonada, como sin pulso y sin vida, y en sus sótanos y refugios, cincuenta mil personas penaban el tormento de una mísera vida alucinante, en afinamientos de cuerpos temblorosos, con luces movedizas, sin pan y sin agua, con lloros y oraciones.

Sólo los defensores, en su puesto de honor, estaban a la ruda intemperie de la guerra. Estenuados por la fatiga del batallar constante, febriles en su coraje masculino, radiantes en las bárbaras ansias del combate, con los rostros atezados y sucios, la pelambrea hosca y los uniformes harapientos, firmes en la exacta disciplina de las armas, jugando la vida sobre un tablero de espantos, sintiendo el orgullo de su gesto y la satisfacción de proteger a los débiles que gemían a sus espaldas.

Por la loma del Canto, por la Argañosa, por San Esteban, por el Depósito, por Abulí, por la Cadellada, por todos los sectores, el enemigo atacaba con obstinación ciega y rabiosa. No eran cobardes los rojos, no. Hijos de la raza dura de España, las ideas venenosas y negativas que se habían instalado en sus cerebros no habían podido apagar el ardor de su sangre española, a pesar de todos sus traidores renunciamentos. Y el valor de los enemigos acre-

centaba hasta lo ilimitado la virtud de la gigantesca defensa de los sitiados. Eran muchos contra muy pocos y no podían avanzar. Treinta mil contra menos de mil. ¡Qué perfiles de gesta se expresan con tan sólo citar estas cifras!

En olas, en masas, en densos guerrillones, se abalanzaban sobre los parapetos, deshechos por la terrible preparación artillera. Entonces avanzaban los rojos entre el crepitar de las balas, dejando un rastro macabro de cadáveres rotos y de heridos implorantes; pero tenían que retroceder, horriblemente diezmados por el fuego de los patriotas. A veces, en supremo esfuerzo, lograban poner el pie en las posiciones. Entonces se agarraban, con un instinto agudizado de conservación, a los cañones candentes de las ametralladoras y de los fusiles que asomaban sus ojos negros por las mirillas, y más de un rojo fué muerto, a golpe de machete, cuando se cogía desesperadamente al cañón enrojecido de una "Hockis". Intervenían en tales ocasiones, frecuentísimas en aquellos días, las granadas de mano, y en última y enloquecedora instancia, los cuchillos, largos y tersos. Entonces la guerra se revestía de todo su brutal y magnífico aspecto primitivo. Y se peleaba con el arma blanca, con las culatas de los fusiles, con los guijarros arrancados de la tierra, ciega y furiosamente, sanguinolentos los ojos, obombados los tórax o la respiración